

De Waal, Franz (2014). *El bonobo y los diez mandamientos. En busca de la ética en los primates*. Barcelona: Tusquets Editores. Reseñado por Roger Muñoz, Universidad de Valencia. Reseña recibida: 22 de enero de 2018. Reseña aceptada: 23 de enero de 2018.

Franz De Waal nos presenta en su libro *El bonobo y los diez mandamientos. En busca de la ética en los primates* una disertación basada en su experiencia investigadora como uno de los primatólogos más influyentes en las últimas décadas. Biólogo de formación, especializado en psicología, primatología y etología, ha dedicado sus últimos años a estudiar a primates no humanos tales como chimpancés y bonobos, llegando a ser un defensor de que la moral o la ética es una conducta social típica de los primates y que, por tanto, más que darse por preceptos religiosos, nos viene heredada a los seres humanos por la evolución de las especies.

Para De Waal, los primates no humanos no solo se relacionan en grupos para conseguir necesidades básicas tales como alimentarse y reproducirse, si no que conocen una serie de reglas básicas de convivencia que se sustentan en los pilares de la moralidad. Estos pilares serían dos: 1) la reciprocidad, donde se encontrarían los aspectos relacionados con la justicia, y 2) la empatía, con aspectos como la compasión. En este libro, De Waal sigue en esta defensa mostrada en libros previos como *La*

política de los chimpancés o *El bonobo, el mono olvidado*, aportando conocimiento de recientes estudios propios y de otros investigadores en primatología.

Una parte del libro se centra en la descripción de los bonobos. Para él es clara la diferencia entre la organización social que tienen los chimpancés y los bonobos, dos especies que están tan próximas a nosotros que aún la comunidad científica se cuestiona cuál de ellas está más próxima a los humanos en la cadena evolutiva. Mientras los chimpancés son territoriales y tremendamente agresivos en la defensa de sus jerarquías, los bonobos son una especie en la que la dominancia de las hembras ha hecho que el sexo (y todas sus variaciones) sean una herramienta de resolución de conflictos, de reconciliación y por tanto de pacificación en su organización social. No obstante, remarca que, aunque los chimpancés y los bonobos se estructuran de forma diferente, ambos muestran conductas que estarían bajo esos pilares de la moralidad (reciprocidad y empatía), pero en diferentes expresiones.

En esta línea, sean una especie u otra más o menos pacífica, ambas sa-

ben cooperar y sentir el dolor ajeno y, por tanto, discernir entre lo que está bien o mal. Por ejemplo, algunos estudios que muestra en su libro ayudan a extraer estas conclusiones. Uno de ellos muestra cómo se enseñó a dos chimpancés hambrientos a colaborar para conseguir comida. Estando en una habitación entre rejas que no permitía acceder a un cajón con dos frutas encima de él, estos podían estirar de una cuerda que acercaba este cajón hacia ellos. Cada ángulo del cajón disponía de una cuerda. Si solo un chimpancé estiraba de una cuerda, no era posible que pudieran acceder a ella. Por tanto, ambos debían cooperar y estirar de una de las cuerdas y así conseguir que el cajón llegara a la jaula, de forma que pudieran acceder a los frutos a través de las rejas. Varias parejas de chimpancés aprendieron a cooperar en este experimento para poder conseguir el premio alimenticio. De Waal afirma que cualquiera (y de hecho muchos investigadores aún lo hacen) podría pensar que este tipo de cooperación estaría motivada por el egoísmo homeostático que necesita de la ingesta de alimentos para saciar su hambre. Por tanto, no existiría una cooperación empática en la que uno de los animales se estaría «poniendo en la piel del otro». Para demostrar si esto era viable se realizó una modificación de este estudio, donde uno de los compañeros no estaba hambriento. Cuando

se lanzó este experimento, el chimpancé no hambriento abandonaba el papel de tirador de la cuerda, por lo que el otro chimpancé hambriento no podía alcanzar su fruta. En este experimento se veía como este último enviaba correctivos al no hambriento, como diciéndole: «¡Eh, ayúdame!». El no hambriento seguía desinteresado en la tarea, pero el hambriento seguía pidiéndole este «favor altruista». Finalmente, este accedía a ayudarlo y curiosamente, una vez alcanzada la comida, aunque no estuviera hambriento, se comía su parte. De nuevo este gesto podría sugerir a las interpretaciones no altruistas de los chimpancés por parte de algunos investigadores. No obstante, para De Waal, esto es una muestra clara de «reciprocidad» donde entre grupos de iguales se piden favores y se los dan (incluso se solicitan de forma imperiosa), lo que lleva a la parte desinteresada a cooperar para un objetivo que no es propio.

Esto estaría estructurado dentro de un repertorio de conductas recíprocas en las que los favores se devolverían, antes o después. De hecho, las observaciones de De Waal muestran que los chimpancés se devuelven favores continuamente, acicalándose, quitándose piojos o con otro tipo de conductas. Parece ser que establecen en sus relaciones un sentido de justicia y reciprocidad, en la cual se adopta un código moral

de lo que está bien y lo que está mal. Por ejemplo, quitar un sitio de un chimpancé que está por encima en la jerarquía suele estar penalizado y, a continuación, el que cometió el asalto del espacio, suele emitir conductas reparatorias para alcanzar el perdón y, en consecuencia, la armonía dentro del grupo.

Sin duda, estas conductas vienen a ejemplificar un código moral en los grupos de chimpancés. Lo que ocurre, como afirmaba De Waal, es que hay diferencias claras en el comportamiento de los chimpancés en comparación a los bonobos. Aún de forma desconocida, los bonobos han podido estructurar sus relaciones con una mayor moralidad y empatía que en los chimpancés, como si estas fueran de un rango más amplio en la percepción de dolor ajeno y por tanto de su clasificación de lo que está bien o está mal. Los chimpancés, bajo su estructura jerárquica de machos dominantes son tremendamente agresivos en el momento de defender su jerarquía y de establecer su concepto de justicia. Asimismo, son agresivos en sus relaciones sexuales, pudiendo llegar a abusar sexualmente de una hembra entre varios machos, en los casos más extremos. Esto no ocurre en los bonobos. Los chimpancés, gracias a una estructura social liderada por hembras en coalición, son capaces de disminuir esta agresividad gracias a que las hembras dominantes

son las que aportan el sexo como habilidad de reducción del estrés, la agresividad y, por tanto, de cohesión armónica del grupo. Y más que sexo, De Waal habla de repertorio sexual-afectivo, donde el sexo puede darse con una consumación orgásmica pero no siempre. A veces, los simples frotamientos de genitales entre hembras y machos se realizan como una forma de establecer vínculos afectivos. Esto también se da entre machos y machos y entre hembras y hembras. De hecho, el repertorio sexual-afectivo de los bonobos es amplísimo.

De hecho, De Waal describe un aspecto totalmente diferenciado entre chimpancés y bonobos. Mientras en chimpancés es frecuente maltratar, asaltar, incluso violar a crías de corta edad, esto está absolutamente prohibido entre los bonobos. Se describe en el libro una situación en la que un macho pretendió robar una cría a una hembra joven. De Waal la describe como una situación con una auténtica violencia propia de los chimpancés, pero en este caso llevado a cabo por hembras bonobos. De hecho, la hembra alfa se situó escondida en lo alto de un árbol, a pesar de estar emparentada con el macho que recibía la reprimenda. Parece ser que el maltrato de las crías está muy penalizado en las comunidades de bonobos. Asimismo, el incesto, algo que se da de forma asidua en los chimpancés, está vetado en los

bonobos. De Waal sugiere que esta protección puede que sea una de las razones por las que las hembras forman coaliciones tan sólidas, para proteger a las crías y que estas se puedan desarrollar en un ambiente pacífico y seguro, las cuales necesitan alcanzar una edad cercana a los 12 años para madurar. Es más, se atreve a sugerir que puede que esa protección de las crías haya sido una de las formas de vetar el incesto, el cual está heredado por todas las culturas humanas, y que este no viene por preceptos morales asociados a la religión, sino por la evolución. El incesto produce herencias genéticas deficientes, y aquí los genes hablarían en su construcción moral de lo que está bien o no. Por tanto, sugiere que preceptos morales de no realizar incesto vendrían desde lo que los psicólogos llaman procesos psicológicos de abajo-arriba, es decir, procesos de origen fisiológico que se representan en la cognición humana, y no procesos de arriba-abajo como pretende defender la religión. Esta, independientemente de cuál sea, se apunta el tanto en la promulgación de la moralidad a partir de valores religiosos creados por ellos mismos. De Waal, opuestamente, viene a decir que estos preceptos vienen por la evolución y que, un día, alguien escribió sobre ellos para darles forma a nuestras culturas.

Esto llevaría a esa segunda parte del libro (que se va alternando, no

va después de la otra) en la que habla de la religión. Pero curiosamente, cuando uno va leyendo el libro ve que más que hablar de la religión, lanza una profunda crítica a los defensores del ateísmo. Uno se pregunta, por qué esta crítica feroz a los ateos después de lo que argumenta en contra de los errores claves de la religión y de sus burlas directas a los negacionistas de las tesis darwinistas. Pero cuando uno lee el título en inglés lo entiende y todo cobra sentido. El título en español es *El bonobo y los diez mandamientos. En busca de la ética en los primates*. En cambio, en inglés es *The Bonobo and the Atheist: In Search of Humanism Among the Primates*. Es decir, no solo no habla de «los diez mandamientos» (aunque sí hable de ello en un apartado del libro) sino que tampoco habla de ética, en cambio, habla de un sentido más amplio de la ética, el humanismo. El humanismo se concibe como «un sistema de creencias centrado en el principio de que las necesidades de la sensibilidad y de la inteligencia humana pueden satisfacerse sin tener que aceptar la existencia de Dios y la predicación de las religiones», lo que se aproxima al laicismo o a posturas secularistas. Al leer este título uno entiende más el libro.

Este tipo de traducciones deficientes es algo frecuente, y tienen como consecuencia una falta de rigor que resulta altamente problemá-

tica en el ámbito de la investigación. Por ejemplo, Antonio Damasio ha escrito varios libros y es muy curioso ver la traducción de sus títulos del inglés al castellano. En *The Feeling of What Happens: Body and Emotion in the Making of Consciousness* se traduce por *La sensación de lo que ocurre*. Hablar de los sentimientos no es lo mismo que hablar del proceso de sensación. Un sentimiento, según el propio Damasio, es un proceso psicológico de carácter emocional que precede a los pensamientos y a las decisiones. La sensación es un proceso de recepción de estímulos físicos que luego son traducidos en impulsos nerviosos hasta ser percibidos por el cerebro. Se elimina por tanto el componente emocional de los sentimientos al poner la palabra *sensación*. Hay casos peores: *Self Comes to Mind: Constructing the Conscious Brain*, que se traduce por *Y el cerebro creó al hombre*. Ni la palabra *hombre* ni la palabra *cerebro* aparecen en el título original. Un mejor título sería *Y la mente (que no cerebro) creó al yo (self)*. *La construcción del cerebro consciente*. Creo que sería oportuno que cuando se hagan traducciones de títulos se hagan ajustados al título que ha decidido el autor para su libro.

En el caso del libro de esta reseña, *El bonobo y los diez mandamientos. En busca de la ética en los primates* debería traducirse como

El bonobo y el ateo. En busca del humanismo en los primates. Esto explicaría mejor el contenido del libro ya que, por una parte, De Waal, con ese tono desafiante que nos tiene acostumbrados en otros libros, no deja títere con cabeza. Primero critica a los religiosos negacionistas de la evolución, ya que esta cuenta con evidencias científicas que son irrefutables. Ahora bien, también critica a los científicos que creen que todo debe ser remplazado por la ciencia, como si esta fuera otro dogma incuestionable. Un foco de la crítica va directamente dirigido a la figura del ateo, a quienes considera personas «traumatizadas» como aquellos que necesitan una religión para explicar su verdad de la vida, y que todos deben ser como ellos. En mi opinión, creo que debe de haber tenido malas experiencias con algunos ateos extremistas que le hayan hecho llegar a esta conclusión y, por tanto, podríamos pensar lo mismo de su propia reacción antiatea, que lo es más que antirreligión. No concibo esta equiparación de los defensores acérrimos del ateísmo con la de los defensores extremos de la religión pero, no obstante, sí estoy de acuerdo con algo que podría resumirse con su oposición al fanatismo, sea del bando que sea, científico, religioso, ateo, etc. Pienso, como De Waal, que el fanatismo, sea del espectro que sea, acorta miras y, sobre todo, espacios que acercan al otro,

por tanto, a uno de sus temas claves de investigación presente y futura, la empatía en los primates, dentro del campo de la moralidad.

Cuando uno entiende estos aspectos, puede llegar a compartir las propuestas de este libro, que se resumen así. La moralidad, la ética o la empatía no nos vienen por la religión. En cambio, estas las hemos heredado por la evolución de las especies y, por tanto, de nuestros parientes cercanos, los chimpancés y los bonobos (aún por delimitar los más cercanos). Asimismo, plantea que eliminar las religiones de la vida humana es un error, tal y como apuntan los ateos. Las religiones han aportado algo positivo a la humanidad y ha sido establecer un código moral apropiado a una cultura que ayuda a que se refuercen ciertas conductas innatas y, por tanto, se aprendan para que podamos vivir en comunidad de la forma más armónica. Ahora bien, denuncia el reclamo que hacen las religiones de que la moralidad es suya, como un proceso de arriba-abajo, y que gracias a ella la humanidad se mantiene a flote. Nada más lejos, los humanos ya venimos con un código genético heredado que nos hace tener un sentido de justicia, empatía y valores que no son solo humanos, sino también animales. Y aquí reclama que dejemos de querer no parecernos a ellos, cuando somos muy semejantes. Tanto a los chimpancés como a los bonobos. De hecho, algu-

nos humanos defienden que somos chimpancés, competitivos y depredadores, por lo que se justifica el neoliberalismo más atroz. Otros, en cambio, miran a los bonobos con envidia y apuestan, en el lado más a la izquierda del espectro político, que nos parezcamos a esa imagen woodstoquiana bonóbica (a la que De Waal no le guarda mucho aprecio). En cambio, aún no eliminando a la religión y sin que la ciencia se convierta en un dogma piensa que debemos hacer uso de la ciencia interdisciplinaria como serían las neurociencias, donde se encontrarían la biología, la economía, la filosofía, la psicología o la política para estudiar cómo hacer sociedades más humanistas. Aquellas que no requieren la existencia de un Dios para explicar nuestra vida mental y social, pero sí con un código moral que nos acerque más a un comportamiento bonobo. Es decir, una sociedad que aprenda a utilizar los pilares de la moralidad como la reciprocidad, el uso del refuerzo y el castigo social para regularnos mutuamente hacia una sociedad que nos haga más empáticos de lo que somos.

En esta línea, estoy de acuerdo con el autor de este libro. Los investigadores de ciencias como las antes descritas tenemos un gran reto frente a nosotros, el cual se centra en la capacidad de establecer núcleos, no solo de debate, sino de desarrollo de guías de Educación moral que se

sustenten en los avances científicos como los que aportan las neurociencias o la psicología, que nutran los estudios filosóficos para no solo proponernos un modelo ético y moral que alcanzar, que es absolutamente

necesario, sino de cómo alcanzarlo. Esto, según De Waal, no nos hará más humanos, si no que nos hará un primate humano diferente, más empático, menos agresivo y más respetuoso.

Rosa, Hartmut (2016). *Alienación y aceleración: Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Madrid: Katz. Reseñado por José Luis López González, Universitat Jaume I. Reseña recibida: 27 de julio de 2017. Reseña aceptada: 17 de diciembre de 2017.

Hartmut Rosa, director del Max Weber Center de la Universidad de Erfurt y profesor de sociología en la Universidad de Jena, propone en *Alienación y aceleración*, su primera obra traducida al español, el concepto de aceleración social como elemento necesario para la comprensión de la modernidad más allá de los procesos de racionalización o individualización desde los que se ha interpretado. La cuestión de la aceleración moderna, tratada con diferentes acentos por autores como Ortega, Bauman, Virilio, Simmel o Koselleck, entre otros, es, sin embargo, desarrollada por Rosa con la intención de insertarla en la Teoría crítica y mostrar las dimensiones a las que afecta.

Con este fin, en el primero de los tres bloques en los que está estructurada la obra, el autor categoriza los tipos de aceleración que afectan

a la sociedad. En primer lugar, se refiere a la aceleración tecnológica, la cual ha provocado una transformación de la percepción espacio-temporal, hasta el punto de que la contracción del espacio que permite las innovaciones ha dado paso al tiempo como dimensión orientativa de la sociedad tardomoderna. En segundo lugar, el autor apunta a la aceleración del cambio social, que se manifiesta en la mayor rapidez con la que cambian las prácticas sociales y el mayor declive que presenta la estabilidad institucional. En este sentido, Rosa sigue a Bauman, quien sostiene que «las instituciones y organismos sociales no tienen tiempo de solidificarse, no pueden ser fuentes de referencia para las acciones humanas y para planificar a largo plazo» (Bauman, 2001a: 590). El tercer tipo de aceleración que afecta a la sociedad moderna es la